

## LA LITERATURA COLOMBIANA

(Continuación)

Desacreditado el romanticismo, se inició una reacción en sentido realista, que se manifiesta francamente en dos géneros: en los cuadros de costumbres y en la poesía festiva de tendencias populares. Véase, además, la transformación en dos poetas regionales, Gregorio Gutiérrez González y Epifanio Mejía, hijos ambos de Antioquia. El primero recibió las influencias de Zorrilla, y cantó sus primeros amores en versos de una sensibilidad enfermiza, propia de quien unía el recuerdo de la mujer amada con lúgubres presagios de temprana muerte. Pero el cantor de *El diablo* y *El expósito* halló pronto su camino, siguiendo las tendencias de su raza, sana y enérgica como ninguna otra en Colombia. Y entonces celebró sus amores con *Julia* en versos de inefable dulzura; inmortalizó la humilde cascada de *Aures* en estrofas frescas como sus espumosas ondas, y escribió las geórgicas antioqueñas en *El cultivo del maíz*, poema original, valiente, de gran fuerza descriptiva y cuyas estrofas guardan el olor agreste de la montaña primitiva. Si Gutiérrez González no hubiera sido un poeta de verdad, su *Memoria*—como él la llama—sería una especie de cartilla agronómica; pero él supo transformar la realidad prosaica y humilde con un torrente de poesía naturalista, llena de frescas y deliciosas imágenes, que entona y vigoriza como el aire matinal del bosque. Gutiérrez González es desigual como artista. Hay que tomar su poema por lo que es en realidad; esto es, uno de los frutos más espontáneos de la musa americana. Gutiérrez nació en La Ceja en 1826 y murió en Medellín en 1872.



Epifanio Mejía, muerto no há mucho en un manicomio, en donde pasó la mayor parte de su larga vida, es un hermano menor de Gutiérrez González, y en la pequeña colección de sus versos alternan estrofas sentimentales con otras de inspiración realista, en donde palpita el vigoroso espíritu de ese pueblo, de quien fue valiente intérprete el autor de *El canto del antioqueño*, el pintor de *La muerte del novillo*.

La afición al género de costumbres vino de España, en donde había modelos tan populares como Larra, Mesonero Romanos, Estébanes Calderón y Antonio Flores. El grupo de costumbristas tuvo aquí por centro la tertulia literaria de *El Mosaico*, de carácter muy familiar e íntimo, pero que influyó grandemente en las letras. Sus socios publicaron, con el mismo título de la tertulia, una revista literaria, de la cual aparecieron cuatro volúmenes, entre los años de 1856 a 1865. *El Mosaico* es uno de los tres o cuatro periódicos más importantes que se han publicado en el país, y su colección es un valioso documento para el estudio literario y social de la época. Alma de la revista, de la tertulia y de cuantas empresas literarias se acometieron por entonces fue don José María Vergara y Vergara, hijo ilustre de Bogotá y benemérito como pocos de la cultura patria. En él alentaba el espíritu de las nobles familias santafereñas, modificado por varias y a veces contradictorias influencias modernas. Distínguese, como escritor, por su delicadísima sensibilidad, su espíritu cristiano, su vivo y espontáneo ingenio, su admirable facilidad para narrar, imitando alternativamemte el estilo de sus autores predilectos. No era un escritor profundo, pero sí fácil, simpático y ameno; no ahondaba en los asuntos, pero revoloteaba en torno de ellos con la gracia y agilidad de una mariposa. Cuando renueva los recuerdos de su in-

fancia, la intensidad de su sentimiento conmueve y hechiza al lector, como en el precioso artículo titulado *Los buitres*. El amor a los tiempos antiguos le inspira cuadros tan interesantes como *Las tres tazas* y *Un par de viejos*. Se había formado en el culto de Chateaubriand, y le rindió el tributo de su mejor pieza literaria, *Un manojito de hierba*, obra de su madurez intelectual, fruto sazonado de su corazón y de su inteligencia. Esa carta, destinada a contar sus impresiones de peregrino ante la tumba de Chateaubriand, en San Maló, pertenece a un género superior de literatura y es de las bellas páginas con que cuenta la prosa colombiana. Escribió Vergara la *Historia de la literatura en Nueva Granada*, obra de patriotismo, de estudio; deficiente en la parte bibliográfica, pero llena de preciosas noticias y de discretos juicios; único trabajo de su género existente hasta hoy en Colombia. Murió Vergara, prematuramente, en 1872, pasados apenas los cuarenta años. Este Mecenas de los principiantes, editor de obras nacionales, biógrafo de hombres ilustres, alentador de toda obra buena, prodigo de los tesoros de su alma, dejó uno de los nombres más dignos de respeto entre los escritores ilustres del país.

A la misma escuela de Vergara perteneció don José Caicedo Rojas, el Mesonero Romanos de Colombia. Uno y otro fueron poetas de sentimiento y dejaron piezas de delicada inspiración, como *Recuerdos*, de Vergara, y *La fuente de Torca*, de Caicedo; pero eran más genuinos poetas en prosa que en verso. Tiene Caicedo Rojas un estilo castizo, sencillo y al par de porte aristocrático, alegrado por la sonrisa benévola de quien se complace en evocar, delante de los jóvenes, recuerdos de tiempos que él considera mejores; estilo que, en su giro manso y sereno, se asemeja a un río, no muy anc-

ni profundo, que en sus vueltas va copiando, como en espejo transparente, los graciosos paisajes, los varios aspectos del cielo, las ruinas de épocas pasadas. Caicedo Rojas, como Walter Scott, como todos los hombres que tienen alma sana en cuerpo sano también, deja en sus escritos una impresión grata y consoladora de la vida, y, sin caer en candorosos optimismos, sabe sacar de la realidad la miel de poesía que contiene. Además de los cuadros de costumbres contenidos en los *Apuntes de ranchería*, dejó Caicedo Rojas una más extensa narración novelesca del género histórico, titulada *Don Alvaro*, que es una bella serie de cuadros de la época colonial, unidos por el hilo de una desgraciada historia de amor. Si esta obra no tiene vivo interés novelesco, agrada con sus variadas descripciones, con sus recuerdos y anécdotas, con la resurrección de tiempos que se pierden para nosotros en misteriosa y poética penumbra. Caicedo Rojas, enamorado de todo lo remoto y tradicional, está en su terreno, ya cuando pinta las fiestas y los torneos de los españoles, ya cuando describe las costumbres de nuestros abuelos, en el curioso tiempo de la *Patria Boba*, en el precioso libro en que consignó los recuerdos de don José María Espinosa, el abanderado de Nariño. Caicedo Rojas escribió excelentes biografías y estudios de crítica, como el que consagró a Luis Vargas Tejada. La lectura de las obras de Caicedo Rojas nos trae, por asociación de ideas, el recuerdo de una de esas antiguas salas santafereñas, de techos bajos y grandes ventanas de hierro, tendidas de damasco, adornadas con amplios sillones y sofás de talla, con vargueños de ricas incrustaciones, con la urna tradicional que guarda el devoto *Nacimiento* quiteño, y en cuyo ambiente flota el sano aroma de la alhucema y el benjuí. Caicedo nació en Bogotá en 1816.

Escritor de índole muy diversa fue *Emiro Kastos*, o sea Juan de Dios Restrepo. Si el primero recuerda a Mesonero, el segundo es discípulo afortunado de Larra. El uno adoraba la tradición; el otro vivió animado de espíritu innovador y revolucionario. La sonrisa optimista del autor de *Recuerdos y Apuntamientos* contrasta con el *rietus* satírico que pliega los labios del censor de los vicios sociales y de las ideas políticas que predominaban en los tiempos de la Confederación Granadina. Tiene Restrepo mirada perspicaz, intención profunda, frase punzante e intencionada; en unos pocos rasgos pone a la vista la ridiculez de un tipo social. No es escritor muy correcto, pero sí de sabor castizo; y sus cuadros y notas de viaje entretienen e interesan, aun cuando hallemos injusta, en ocasiones, la crítica del atrabiliario censor, hombre de tendencias misantrópicas, que vivió siempre inconforme con el medio social en que le tocó desarrollar su claro talento. Restrepo era natural del Departamento de Antioquia. Sus escritos se publicaron en colección en 1859.

Don Ricardo Silva pertenecía a la misma escuela política que Restrepo; pero su carácter de hombre de mundo, sus aficiones de *gentleman*, su genio alegre de bogotano auténtico lo alejaron de la sátira amarga y lo llevaron al estudio y la crítica risueña de pequeños vicios e imperfecciones sociales y a describir tipos graciosos, como el de *El niño Agapito* y *La niña Salomé*. El artículo *El remiendito*, no obstante su fecha remota, es de constante aplicación entre nosotros, y, como escribíamos no hace mucho, encierra la explicación, casi diríamos la filosofía, de la imprevisora deficiencia que se advierte en no pocas de nuestras modernas construcciones urbanas. La literatura fue para Silva una distrac-

ción elegante, en medio de sus negocios de comercio y de las atenciones de la vida social.

De gustos refinados y de exquisito trato social fue igualmente don Manuel Pombo, quien no quiso pasar nunca por hombre de letras, sino por simple aficionado, dejando la representación literaria a su glorioso hermano Rafael. Pero en sus notas de viaje por Antioquia, en sus cuadros de costumbres, en unas pocas composiciones en verso, dejó pruebas bastantes de su delicado y simpático ingenio. En cuadros como *La contradanza* fijó recuerdos de la casa paterna, en cuyos salones se reunía una fina y aristocrática sociedad y en donde se rendía culto también a patriarcales tradiciones, como es de ver en el gracioso artículo *La niña Agueda*. Pombo es, entre los escritores de entonces, el que representaba el tipo de los que se llamó, en término ya casi obsoleto, el *cachaco*; esto es, el joven de buen humor, que así alternaba en los bailes elegantes como se divertía en fiestas de confianza y de buen tono, y en dondequiera lucía su despejado ingenio. Pombo nació en Popayán en 1827.

De carácter más popular que Pombo fue José David Guarín, natural de Quetame, en donde nació en 1830. Tenía dotes de observación, gracia y talento narrativo y escribía en estilo familiar, comprensible para toda clase de lectores. De aquí la gran popularidad de que gozó en su tiempo, como todos aquellos autores que saben decir cosas interesantes en una forma que ni carece de atractivo literario ni es tampoco inaccesible a la mayoría del público, por su misma perfección artística y su aristocrático refinamiento. Guarín hizo numerosos artículos sueltos y algunas relaciones novelescas, como la que tituló *Las tres semanas*, y que es, en suma, una serie de cuadros de las últimas fiestas de toros, a

la moda antigua, que se celebraron en Bogotá, en la plaza de Bolívar, el año de 1880. Hay allí escenas populares trazadas con pincel vigoroso. Pero lo mejor de Guarín no está en sus obras en prosa, sino en una poesía, en donde, dejando a un lado los procedimientos fáciles, hizo, con materia selecta, una verdadera obra de arte. Nos referimos a la solemne, patética y conmovedora meditación titulada *La Soledad*, que le aseguró para siempre un puesto en el Parnaso colombiano.

La redacción de *El Mosaico* publicó, en 1866, en dos grandes volúmenes, la renombrada colección de *Cuadros de costumbres*, en donde hay trabajos escogidos de autores de muy diferente condición, pues allí figuran generales, políticos, abogados, hombres de negocios, etc. Esto revela la popularidad de que gozó durante muchos años el género de costumbres. En esa colección se publicó, por primera vez, la más extensa e importante obra de imaginación que produjo el movimiento realista de entonces: *La Manuela* de don Eugenio Díaz. Ofrece éste una curiosa fisonomía literaria. Miembro de antigua e hidalga familia, nació y se crió en la hacienda de *Puerta Grande*, propiedad inmemorial de los suyos, en 1804. Vino a hacer estudios en Bogotá, pero hubo de suspenderlos por un accidente imprevisto, que minó su salud. Adquirió pues, Díaz, una mediana instrucción; mas no llegó a poseer una verdadera educación literaria. Debió más a su ingenio nativo que a sus conocimientos y escribió en medio de ocupaciones rústicas, por inclinación imperiosa de su talento perspicaz y observador, pero sin la menor pretensión de obtener fama como literato. Presentóse un día a Vergara en traje de campesino y le llevó sus manuscritos, con la sencillez de un aldeano que ofrece al señor los frutos de su heredad. Entusiasmóse Vergara con aque-

lla efusión que él ponía en el descubrimiento de un nuevo ingenio, y resultado de aquella entrevista fue la fundación de *El Mosaico*, en donde se publicaron los primeros capítulos de *Manuela*, y cuadros sueltos, como el titulado *María Ticince o los pescadores del Funza*. La fama no alteró las patriarcales costumbres de Díaz, quien alternaba con los literatos de *El Mosaico* en su mismo traje de orejón sabanero. Murió santamente en Bogotá, en 1865, dejando una abundante producción novelesca, que, si no le produjo ganancias, le ha asegurado la simpatía y el respeto de sus compatriotas.

Acerca de *Manuela* y demás producciones de don Eugenio, debe tenerse en cuenta lo mismo que se dijo ya sobre *El cultivo del maíz*: son productos espontáneos de ingenios sanos y vigorosos, que le debieron más a la naturaleza que al arte. El enredo novelesco es muy escaso en *Manuela* y *El rejo de enlazar*, y casi nulo en *Los aguinaldos en Chapinero*. Más que novelas, son series de cuadros escritos sin pretensiones efectistas, pero con paciente estudio de la realidad. Díaz pinta lo que ha visto con sus propios ojos, lo que ha observado por sí mismo, los tipos y panoramas en cuya intimidad ha pasado largos años. Y esa observación es exacta, y esa pintura es animada y vívida, y en esas páginas queda un cuadro revelador de un estado social que fluctúa entre la civilización y la barbarie, entre la vida primitiva y la modificada, más para el mal que para el bien, por confusos impulsos de renovación, por convulsivas influencias revolucionarias. El escenario de *Manuela* es tan hermoso por el aspecto del arte como aflictivo desde el punto de vista moral. La imaginación se complace en la descripción de aquellos bosques espléndidos, de aquellas vegas fecundas, de aquellos magníficos ríos, de las veladas nocturnas de los trapiches, de las

tumultuosas fiestas de San Juan, y, al propio tiempo, el ánimo se contrista al ver tanta miseria moral, que deslustra la esplendidez de la naturaleza; tanta injusticia en la organización social; tanta desigualdad en la suerte de los hábiles y astutos comparada con la de los ingenuos y humildes. Díaz, con una fiel pintura de los hechos, hace un alegato elocuente en favor del pueblo, no en sentido socialista, sino con espíritu profundamente cristiano. Entre los varios ejemplares que pinta descuella el del *tinterillo*, personaje terrible y odioso en su misma pequeñez; peste, entonces y hoy, de la administración de justicia; azote de los desdichados que tienen algo que ofrecer a su insaciable codicia. Triste es decirlo: lo que Díaz pintaba hace medio siglo, se sigue repitiendo en lugares pequeños y apartados de las rutas abiertas por la civilización. En lo moral y en lo material, esos pueblos permanecen estacionarios, y raro será aquel a quien no le haya tocado pernoctar en una posada como la de *Mal-abrigo*. El estilo de Díaz es descuidado e incorrecto, pero expresivo y pintoresco, y tiene rasgos que revelan hasta qué altura hubiera podido elevarse don Eugenio con una más completa educación de su talento. Véase en el capítulo primero la llegada de don Demóstenes a la susodicha posada: «El caballero se desmontó, y tendiendo un pellón colorado sobre un grueso tronco sustentado por estacas y emparejado con tierra, se sentó, mientras el arriero desenjalmaba y recogía el aparejo y el criado arrimaba las maletas contra la negra y hendida pared de la choza. Salió de la cocina una mujer con enaguas azules y camisa blanca, en cuyo rostro brillaban los ojos, bajo unas pobladas cejas, como lámparas bajo los arcos de un templo oscuro.» Rosa, que así se llamaba, hace esta observación cuando su huésped se queja de ciertos

enemigos tenaces e invisibles que lo mantienen insomne en su cama: «Son los *chiribicos*, dijo, después de examinar los dobleces de la sábana.—¿Y qué se hace con ellos?—Con los chiribicos y con don Tadeo, el tinterillo, no hay remedio que valga.» Comparada la *Manuela* con *María*, salta a la vista la diferencia entre la índole literaria de los dos novelistas. Isaacs es un sensitivo, que infunde en los objetos exteriores las emociones íntimas de su alma y tiñe la naturaleza con el colorido de su sentimiento. Díaz es un artista objetivo, nada sentimental, que narra con cierta impasibilidad los más dolorosos casos y que observa la naturaleza, sin querer difundirse en ella ni hacerla partícipe de sus impresiones. Cejador califica la *Manuela* de «la más fiel copia de la realidad por el arte y la más acabada de cuantas se han escrito en América.»

(Continuará)

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

### Doctores en noviembre

Presentaron examen para doctorarse en jurisprudencia, don Eduardo Talero Guzmán y don Antero Perilla, distinguidos alumnos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Ambos alcanzaron la merced de la colegiatura de número y presentaron como tesis trabajos muy interesantes.

El claustro augura, con el auxilio de la Bordadita, éxito seguro a los nuevos doctores en la carrera que comienzan.

## REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFÍA.—CIENCIAS.  
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 0,20 oro

Suscripción por año (adelantada) ..... 2,00 »

Número atrasado ..... 0,30 »

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, señor don Carlos Lozano y Lozano, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.

